

Andrés Trapiello

Madrid 1945

La noche de los Cuatro Caminos

Primera edición: septiembre de 2022

© Andrés Trapiello, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal 662-664, 08034 Barcelona | www.planetadelibros.com | www.edestino.es

Diseño, maquetación y edición gráfica: Alfonso Meléndez y Andrés Trapiello
Imagen de cubierta y de contracubierta: *Barcas voladoras*, Otto Wunderlich, 1940
Guardas: Guillermo Trapiello | Iconografía: Grupo Planeta

ISBN: 978-84-233-6188-5 | DEPÓSITO LEGAL: B-II.076-2022
Impreso por Macrolibros, SLU | Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o en el 91 702 19 70 - 93 272 04 47.

EL PRÓLOGO NUEVO...	9
... Y EL ANTIGUO	17
1, UN COMIENZO	21
2, LAS BARCAS VOLADORAS	41
3, LAS COSAS SIEMPRE VIENEN DE LEJOS	63
4, A GRANDES RASGOS	73
5, LAS FANTASÍAS, LOS FANTASMAS	99
6, MADRID DESPIERTA	115
7, LAS BAMBALINAS, LOS COMUNISTAS ESPAÑOLES Y LA EMBAJADA AMERICANA	129
8, KEDROV EN LA CALLE CERVANTES	159
9, CÓMO SE HACE UN GUERRILLERO DE CIUDAD	175
10, CONCENTRACIÓN DE EFECTIVOS	187
11, LA APRESURADA URDIMBRE	207
12, LA NOCHE DE LOS CUATRO CAMINOS	225
13, DOS HOMBRES	235
14, LA VIDA SIGUE	263
15, LA CUENTA ATRÁS	283
16, COMO FICHAS DE DOMINÓ, EN EFECTO	305
17, LA NOCHE OSCURA DEL ALMA	325
18, TRÁMITES DE RUTINA	329
19, DOS FINALES	353
20, EN TODA HISTORIA QUEDAN FLECOS	371
21, SUPERVIVIENTES	379
22, LA VERDAD NO SIEMPRE ES VEROSÍMIL	389
23, LAS CARTAS	403
24, EL ÚLTIMO CAPÍTULO	415
LOS PERSONAJES DEL DRAMA	435
ABREVIADÍSIMA NOMENCLATURA PARA ESTE LIBRO	466
CRONOLOGÍA SOMERA DE LOS HECHOS AQUÍ NARRADOS	469
INFORMES DE CAMARADAS	473

1, Un comienzo

Capítulo en el que se da principio a una historia de una de las muchas maneras posibles, así como otros tantos principios de historias de libros viejos y almonedas que ya llevaban mucho más tiempo empezadas

EN AQUEL almacén de aguardientes de la calle Ávila esquina con Lérica había cinco hombres con su arma correspondiente. Aunque cuatro de los cinco se habían visto durante media hora hacía tres días, puede decirse que tres de ellos no conocían a los otros dos, y estos dos no conocían a los otros tres, pero los cinco estaban allí para llevar a cabo el asalto de una subdelegación de Falange y matar a cuantos se encontraran dentro sin importarles que fueran o no falangistas y siempre y cuando no fuesen de la Sección Femenina ni del Frente de Juventudes.

Los cinco hombres pidieron unos chatos de vino por hacer tiempo. La luz allí dentro era pobrísima, de una sola bombilla, colgada de un cable trenzado lleno de polvo. Las restricciones modulaban el voltaje, hasta que en una de esas oscilaciones la luz se fue. Quedaron a oscuras. Sucedió a diario. Los cortes empezaban a las seis y los petromax, unos artilugios de petróleo que daban una luz azulada, suplían el suministro en las casas burguesas y comercios. El tabernero, habituado a esa contingencia y más pobre, sacó de alguna parte una palmatoria con una vela. Este percance figura en muchas de las declaraciones. El establecimiento se llenó de sombras monstruosas que tembloteaban en las paredes. En un rincón, sentado en una mesa, había un viejo. El tabernero, de pie, esperaba algo con las manos apoyadas en el mostrador. No hablaba nadie. A los dos minutos volvió el fluido y el dueño del almacén apagó la llama, soplando con energía. Ni él ni el viejo del rincón repararon en aquellos cinco jóvenes. No, no había nada de raro en ellos, y si lo había y se dieron cuenta, no quisieron declararlo más tarde a la policía.

A las nueve en punto el que capitaneaba el grupo, mirando el reloj que había junto a una puerta, pensó: se nos hace tarde, y dijo, «vamos». Se fijó en el reloj, y ese detalle, recogido en varias declaraciones, adquiere una gran importancia en el sumario. Los demás le siguieron. La calle, tanto o más sombría que ese Madrid de 1945, moría en los desmontes de la prolongación de la Castellana y arrabales de Tetuán, una vasta extensión de campos yermos con algunas abandonadas defensas antiaéreas y solares rotos por trincheras de la pasada guerra. Uno de los guerrilleros sintió frío, porque iba a cuerpo. Se levantó el cuello de la vieja chaqueta azul y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. A su lado caminaba uno que también iba a cuerpo, pero llevaba la chaqueta desabrochada, parecía tener calor, y otro más, igualmente a cuerpo gentil, que por imitar al primero, aunque sin pensarlo mucho, se subió el cuello de su americana oscura y a cuadros. Ninguno tenía abrigo. Estos detalles aparecen en algún momento en actas y declaraciones. Estaba siendo un invierno malo y frío, con muchas nevadas. «El peor desde 1567», decía un periódico. El periodismo. Todos traían la pistola o el revólver en el cinto. Volvían a sentirse soldados de la República, y cada uno vivía ese momento con íntima solemnidad. Todavía no sabían que morirían juntos, ni siquiera que antes de hacerlo tendrían tiempo de traicionarse unos a otros. Al respirar, su aliento se quedaba flotando en el aire, turbio y febril, como el de un animal moribundo. Dejaron atrás unas barcas-columpio de recreo. Caminaban deprisa. Los faroles, a medio gas, metían en los charcos unos destellos dorados y románticos. Resonaban sus pisadas en el suelo. Les separaban del objetivo menos de cincuenta metros. El local era un pequeño chalé defendido de la calle por un murete, una verja montada sobre él y una puerta de forja elemental y dolorosa.

La subdelegación era conocida también como un «cuartel de Falange». Lo probable es que las mujeres que se encontraran allí pertenecieran a la Sección Femenina, y que los chicos fueran de los «Flechas y Pelayos» que acudían a ser adoctrinados, esparcirse y recibir instrucción militar.

A la parte que había delante de la casa, un espacio angosto y pobre, se le podía llamar todo menos jardín, porque en él no había nada verde, únicamente dos árboles cuyas ramas desnudas se estorbaban entre sí. Quien estaba al frente de la operación ordenó a dos de sus hombres que permanecieran al pie de una estrecha y empinada escalera exterior que ascendía en una dirección y luego a mano derecha torcía, defendida por una balastrada con la misma forja bastarda del murete. Los otros tres subieron al primer piso. Al rato se oyeron cuatro disparos. En realidad nadie pudo precisar si fueron dos, tres o cuatro, porque se amontonaron en uno o dos segundos procedentes de dos pistolas. En el suelo quedaron sin vida dos hombres.



2. 18 de enero de 1945, imagen de la revista *Fotos Semanario Gráfico* (*Nacionalsindicalista* hasta abril de 1940; y *de Información y Reportajes* a partir de entonces). Estaba siendo un invierno con muchas nevadas. «El peor desde 1567», decía un periódico.

El frío tuvo carácter de personaje en esta historia y, desde luego, en la España de esos años. Una de las protagonistas, Carmen Moreno, recordaba muchos años después el sufrido por ella en los calabozos de la Dgs el mes que permaneció en ellos.

Y así fue como esa noche de los Cuatro Caminos dio paso a una historia llena de fatalidades, que en realidad iba a empezar muchos años después, una soleada mañana de la primavera de 1993, en la Cuesta de Moyano.

SOLO EL AZAR COMBINA

A estas alturas ya no tienen mucho prestigio las historias que toman como señuelo para ser contadas el hallazgo casual de un manuscrito, un documento o una carta reveladora. Pese a que nuestro libro más asombroso, el *Quijote*, naciera de los papeles arábigos que su autor aseguró haberse tropezado un día en el Zocodover de Toledo, el recurso ha sido utilizado tantas veces, por tantas gentes y con fortuna tan desigual que los relatos que recurren a él pierden desde su misma gestación mucho crédito. Pero así es como empezó esta historia tan cervantina como kafkiana, y así es como la voy a contar, porque sin ese hallazgo habría sido muy difícil reconstruirla, desde luego, si es que alguien se hubiera tomado alguna vez el trabajo de hacerlo.



3. La Cuesta de Moyano en una imagen de los años cuarenta.

La Cuesta de Moyano es, como sabe todo el mundo, la feria de libros viejos que hay en Madrid, recostada sobre las negras tapias del Botánico. Nadie cree tampoco las historias que tienen que ver con libros viejos. Seguramente considerarán que las cosas que se mezclan con librerías de viejo, almonedas, rastros, buhoneros y traperos son, a estas alturas, una forma del manierismo noventayochista, piruetas epigonales de Galdós o Baroja, algo a lo que solemos recurrir con obstinación unos cuantos escritores vocacionalmente trasnochados y menores para artistizarnos un poco, literatos mayormente de vida rutinaria y deslucida, sin gran brillo ni porvenir.

Pero resulta que esta es la vida que uno hace, la de los rastros, la de las librerías de viejo, la de las almonedas. Es una manera más o menos silenciosa de no dejar de lado a los muertos, que fueron, la mayoría, como nosotros mismos.

En la Cuesta de Moyano hay un gran número de casetas. Unas tienen libros mejores que otras, unas los venden antiguos, otras viejos, otras de ocasión o de saldo y otras de nuevo, con su pequeño descuento y sus odiosos retractilados. Durante la semana es un lugar oreado y tranquilo, con pocas transacciones y refractario a las modas. Suben los jubilados a tomar el solecito al pie de la estatua de don Pío y se cruzan con las bachilleras, que bajan del instituto Isabel la Católica después de las clases, o huyendo de ellas, con una concupiscencia envidiable.

En una de esas casetas, acaso el caladero mejor surtido de libros viejos que ha conocido España en los últimos años, se venden al revoltillo libros antiguos, libros viejos y libros de ocasión, mezclados de una manera aleatoria, sin otro criterio que el del azar. Según llegan, se van.

Cierto día había entrado en ella un metro cúbico de papeles viejos, dosieres y periódicos polvorientos, unos atados con sus balduques o cordeles, y otros sueltos. Al librero, un hombre grueso, activo y tajante, y uno de los más genuinos personajes que ha dado el gremio, no suele gustarle que le curioseen la caseta, porque se ha especializado en el negocio de la batea, que fundamenta en la libre y rápida circulación de mercancías. El suyo es negocio de plaza abierta, no de tienda. Entra mucho y sale mucho, ese es el secreto. Pero dice, y es muy razonable, que el único placer que le queda es inspeccionar antes que los vea nadie los libros que ha comprado, y tiene prohibido que nadie le desate los paquetes. Así

4-5. Alfonso Riudavets en su caseta de Moyano. Calcula este librero en dos millones el número de libros que han pasado por sus manos desde que

empezó en el oficio en 1947. Sin él esta historia no se habría contado. A la derecha, husmeando en el tablero de su caseta. Fotos de Juan Ballester.



que los va sacando poco a poco, los examina someramente sobre el mostrador, aparta lo que le conviene por una u otra razón, y el resto lo arroja al tablero sin la menor nostalgia, como quien vierte alevines para repoblar un río. Sin embargo, no siempre puede reducir la curiosidad de sus clientes, y estos se le meten por allí y miretean los atadijos. Unas veces tolera ese curioso y otras, en cambio, no. La mayor parte de aquellos papeles viejos de los que hablo, sin embargo, aquel montón de carpetas y periódicos polvorientos y mal doblados, habían sido volcados allí a granel, tal y como los habían sacado de donde los hubieran sacado.

—¿Qué son esos papeles?

—No me pregunte. No he tenido tiempo de mirarlos.

He llegado a la conclusión de que es hombre de cierta aspereza, o lo es conmigo, pero si se le piden las cosas de una manera educada, suele ser razonable.

—De acuerdo, mire usted lo que quiera, pero de lo que hay ahí, no se vende nada. Ya lo sabe.

MÁS QUE LITERATURA

Desde un punto de vista mercantil, aquello no valía gran cosa. Ahora, desde un punto de vista literario, mucho. Eran expedientes con abundantes recortes de prensa de los años cuarenta, más bien de carácter político, papeluchos timbrados en blanco, un informe del Sindicato de Alcoholes y Destilados, tarjetas de visita de personas que llevarían ya treinta años en el cementerio y unos articulejos y noticias que habían ido podando de los periódicos las tijeras de cualquier chupatintas, pegados más tarde, por orden de un jefe de negociado, en unas cartulinas y hojas blancas, con su correspondiente numeración cronológica. Allí no había más que las de un mes de abril.

A primera vista parecía que hubiesen abandonado la buhardilla donde llevaban durmiendo cincuenta años. Y en medio de todo ese revoltijo apareció ese dossier de tamaño folio. Estaba milagrosamente bien conservado, incluso

6.7. *Información especial nº 48. Delitos contra la Seguridad del Estado. Actividades comunistas en Madrid. Servicio practicado por la Policía como consecuencia del descubrimiento de los «guerrilleros de ciudad», autores del asesinato de dos falangistas en la Sub-Delegación de Cuatro Caminos. Dirección General de Seguridad, Comisaría General Político-Social.* Una prueba irrefutable de que ciertos hallazgos providenciales y prodigiosos no son privativos de las novelas, buenas o malas. En la doble página siguiente: unas semanas después de

ser fotografiados (y bien pudieron haber firmado Santos Yubero, Campúa o Alfonso estos magníficos retratos), ocho de esos diez hombres fueron condenados a muerte (uno en el garrote vil) y siete de ellos ejecutados. Pocos documentos mostrarán más a lo vivo el infortunio y la fatalidad de unos seres humanos. «Elementos afectos a la Agrupación de “Guerrilleros de ciudad”». Falso. Tres de ellos ni siquiera conocían a los otros y, por supuesto, nunca fueron de esa Agrupación ni guerrilleros.



Dirección General de Seguridad

COMISARÍA GENERAL
POLÍTICO-SOCIAL

Información
especial.

Nº 48

DELITOS CONTRA LA SEGURIDAD DEL ESTADO

ACTIVIDADES COMUNISTAS EN MADRID

Servicio practicado por la Policía como consecuencia
del descubrimiento de "IMPRENTAS CLANDESTINAS" y de
acción de los "GUERRILLEROS DE CIUDAD", autores del asesina-
to de dos falangistas en la Sub-Delegación de Cuatro

----- Caminos -----

Destino

Madrid, 23 de abril de 1945

ELEMENTOS AFECTOS A LA AGRUPACION DE

----- " GUERRILLEROS DE CIUDAD " -----

- 1.- JUAN CASIN ALONSO .--.
- 2.- JOSÉ VITINI FLOREZ .--.
- 3.- FELIX PLAZA POSADAS .--.
- 4.- DIONISIO MAGDALENO SERRANO .--.
- 5.- LUIS DEL ALAMO GARCIA .--.
- 6.- JOSE CARMONA VALDEOLIVAS .--.
- 7.- TOMAS JIMENEZ PEREZ .--.
- 8.- DOMINGO MARTINEZ MALNIERCA .--.
- 9.- FERNANDO RODRIGUEZ MARTIN .--.
- 10.- MARIANO RUIZ ANTON .--.



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10

limpio, con su color amarillo pálido. Era algo que hubiera llamado la atención de cualquiera porque en la cubierta, con claras y grandes letras de palo seco, se podía leer: «DELITOS CONTRA LA SEGURIDAD DEL ESTADO». Da igual el orden en que queramos ponerlas, pero esas palabras, juntas, provocan un vago sobresalto, más o menos alarmante. En la cabeza del dossier se ve el escudo nacional, con el águila, el *non plus ultra* ondulante y el rótulo de la «Dirección General de Seguridad. Comisaría General Político-Social». Lo mismo. Quien sepa algo de la historia reciente de España puede testificar que nada podía inquietarle más a alguien, por su seguridad personal, que tropezarse con esas dos palabras juntas, político-social. Entre una y otra alarma figuraba una inscripción algo más enigmática, también con letras de imprenta: «Información Especial», seguida de una línea de puntos sobre la que había sido estampado, con tipos móviles de una imprentilla de caucho, y bien grandes, más incluso que el título, el «Nº 48» de tinta morada. Hay que fijarse en todos los detalles cuando anda de por medio la seguridad del Estado, encomendada a una comisaría general político-social. El hecho de que esa «Información Especial» figure en letra de imprenta y que el número se ponga a mano solo quiere decir una cosa: las «informaciones especiales» estaban en esa época a la orden del día; y del hecho de que el texto de las tripas evidenciara el papel carbón hay que deducir que se trataba de una copia. Habría más. ¿Para quiénes se hacían? ¿Con qué regularidad? ¿Con qué objeto?

Este está tan bien armado que nos hace pensar que en su elaboración intervinieron los hombres más capacitados de la brigada. Uno de ellos, seguramente el mismo que redactaría todo el conjunto, puso a máquina, en la portada, el contenido pormenorizado de la carpeta: «Actividades Comunistas en Madrid. Servicio practicado por la Policía como consecuencia del descubrimiento de “Imprentas Clandestinas” y detención de los “Guerrilleros de Ciudad”, autores del asesinato de dos falangistas en la Sub-delegación de Cuatro Caminos». Y abajo, en una esquina, la fecha y el lugar en los que tal dossier había sido preparado: «Madrid, 28 de abril de 1945». Para entonces los cinco hombres que se habían citado dos meses antes en la taberna de la calle Ávila ya habían sido ejecutados.

Este tipo de hallazgos no se produce más que una vez en la vida. Nadie se va encontrando en las librerías de viejo documentos secretos que atañen a la seguridad del Estado. Eso no ocurre ni en los folletines de Fernández y González (o viceversa). Por si fuera poco, bastaba una ojeada rápida a su contenido para comprender de golpe la importancia de todo aquello: unas cuarenta hojas en las que se explicaba todo con pormenor. Pero era un detalle el que llamaba poderosamente la atención: un conjunto apreciable de fotografías en las que se ve, por un lado, a los detenidos, y en otras, una minerva y unos chibaletes y el zulo, «el



8-9. «Vitini y diez más». Expediente policial y judicial conservado en el Archivo Histórico de la Defensa de Madrid. Un amasijo de pulpa de papel y tinta de máquina de escribir que lo hace ilegible en buena parte. Más parecido a un cadáver que a un documento.

Pozo», en el que se escondían, así como la habitación donde vivían los impresores clandestinos y algunos guerrilleros. Todo se completaba, en la parte final, con los originales de una buena muestra de periódicos clandestinos y manifiestos de la delegación del comité central del Partido Comunista y de la junta suprema de Unión Nacional.

Desde un punto de vista fotográfico los retratos son extraordinarios. Les hubiera gustado firmarlos a Santos Yubero, a Campúa, a Alfonso. En cuanto a los folletos y periódicos clandestinos, aparecen ordenados y escrupulosamente grapados con primor perfeccionista. Conmueve saber que pasaron por manos de hombres que no tuvieron miedo o que, si lo tuvieron, no repararon en él tanto como para echarse atrás. Los folletos son de todos los tamaños, camuflados algunos como catálogos de bibliófilo y otros tan diminutos que parecen haber sido confeccionados por impresores liliputienses.

A los que nos gustan los libros viejos, esta clase de papeles y documentos nos asombra y admira: es un misterio que hayan podido sobrevivir al intratable tiempo. Hay algo además que nimba esta historia de un halo romántico: es esa minerva, también fotografiada junto a una multicopista de la marca Triunfo. Qué nombre. Cuanta más realidad se da, más asombros parecen cristalizar. Pero una minerva es siempre hermosa. Una minerva nunca puede ser culpable de nada. En esta se imprimieron miles de números de *Nuestra Bandera*, de *Mundo Obrero*, de *Reconquista de España*. El papel es muy malo y la impresión deficiente. En ellos se vertió la esperanza de sublevar a una población vencida, hambrienta, desarmada y destrozada moralmente. No se sabe tampoco si en realidad eran valientes o estaban comple-

tamente locos, porque la ingenuidad política que muestran solo es comparable a la seriedad con que la manifiestan: «La Junta Suprema de la Unión Nacional ha hecho un llamamiento directo a los jefes del Ejército de tierra, mar y aire, para que pongan sus armas al lado de los patriotas y no sean por más tiempo instrumentos de los falangistas, enemigos de la Nación». Está claro que no habían visto de cerca ni a un solo jefe del ejército de Franco. En otro de los números leemos: «El 7 de noviembre [de 1944], siguiendo la consigna lanzada por la Junta local de Unión Nacional, el pueblo alicantino no acudió a bares, cafés, cines y teatros, que permanecieron desiertos. La manifestación fue impresionante. La policía practicó completamente a ciegas doscientas cuarenta detenciones, que no pudo mantener, siendo puestos en libertad a los pocos días todos los detenidos»...

Hay una foto en la que se ve también el tabuco angosto donde los detenidos trabajaban a la luz agónica de una bombilla; se ve incluso la bombilla...

Y aquí es cuando empieza de veras toda la sórdida historia. El informe policial trata de presentar el asunto como una gran conjura que ha sido descubierta a tiempo. Quien lo redacta cree, o trata de convencernos, que la información *cierra* esa historia. Yo por lo menos supe desde el primer momento que le faltaba la mitad. Las letras que más destacan en la carpeta, ya lo he dicho, son precisamente esas: «Delitos contra la Seguridad del Estado»... Parece que estas palabras sugieren de modo natural estas otras, a las que allanan el camino: «Pena de muerte».

TÁCITO EN LA DGS

Quien redactó el informe de la policía conocía su oficio. Está tan bien escrito que piensa uno de inmediato en aquellos escritores que, como Cela, se postulaban como soplones a cambio de un plato de lentejas. Otros seguramente lo hacían por gusto y fe en la causa. Desde la primera línea arranca con el vuelo de Tácito: «No podemos ocultar, máxime una vez culminado el servicio, que durante un lapso de tiempo, bastante considerable, la tensión vigilante de la policía había alcanzado extremos insospechados que, sin caer en el nerviosismo, ni en la desesperación, la hacían vivir en ajeteo constante, en vigilancias tenaces, infinitas veces infructuosas...». Habla incluso de las imprentas clandestinas, descritas por Kedrov, que funcionaban en el Bakú y Moscú prerrevolucionarios, y su paralelismo con esta de Carabanchel. «Claro que la Ochrana zarista no llegó a culminar sus servicios cual lo ha hecho, pese a todas las dificultades, la Policía Nacional...», se jactaba sin pararse en barras y delatando con la apostilla que nunca llegaría a ser Tácito, pese a su cálamo corriente.

Esa mañana soleada yo no sabía todavía quiénes eran aquellos hombres que parecían mirar llenos de angustia, como pidiéndole ayuda a alguien, no sabía qué

hacía aquella carpeta en la Cuesta de Moyano, no tenía la menor noticia de que se hubiera asesinado a dos falangistas en Cuatro Caminos ni sabía tampoco por qué razón había llegado a mis manos aquel expediente, pero cuando uno lleva comprando libros viejos tantos años le sobran unos segundos para evaluar si lo que se ha encontrado tiene o no importancia.

El librero atendía su negocio. Fue, desde luego, una suerte encontrar aquello, pero fue, al mismo tiempo, una desgracia, porque de todos los temas literarios, artísticos, científicos o históricos que pueblan la Tierra y el universo de los bibliófilos, bibliómanos y bibliópatas, al dueño le interesa únicamente uno: el relacionado con los libros y los papeles impresos, o sea... imprentas, bibliografía, tipografía, maquinaria impresora, papel, catálogos de editoriales, exlibris...

Como convencerle de que me lo vendiera era pedir cotufas en el golfo, le pregunté si podía tomar algunos datos. Me arrinconé dentro de la caseta y empecé a leer el informe y a copiar algunos párrafos, los que acabo de transcribir y otros que aparecieron en uno de los tomos del *Salón de pasos perdidos*. Cuando llevaba media hora y dos cuartillas escritas, le pedí que me dejara el dossier unos días para fotografiarlo. Por ahí no pasó, pero prometió hacerlo algún día. Transcurrió el tiempo, mucho tiempo. Por entonces el librero trasladó su almacén y su biblioteca particular de un piso a otro, así que cuando le pedía el dossier, y lo hice media docena de veces, siempre alargaba los plazos.

Por fin un día me dijo: «Ahí lo tiene».

La verdad, ya no esperaba volver a verlo. Cuando hay libros de viejo por medio, puede ocurrir de todo, y la gente reacciona de las maneras más inesperadas, unas veces con generosidad y otras sin ella. Fotocopié la parte de los textos, propaganda incluida, e hice fotografiar los periódicos y reproducir las fotografías que se incluían en él.

Poco a poco me fui adentrando en la vida de aquellos hombres. Al principio no sabía demasiadas cosas de ellos. Comencé a leer algunos libros, algunas historias del Pce y documentos varios, biografías y memorias de gentes de la época. Por entonces no estaban abiertos los archivos del partido, como he dicho, ahora sí. En algunas historias, pocas, aparecía, citado de paso, Vitini, pero nada de los Cuatro Caminos y el revés que supuso. Ni rastro. Un amigo me ayudó, y se metió una o dos semanas en la hemeroteca para buscar algunos datos de la repercusión que aquellas muertes hubieran tenido, si habían tenido alguna. La sorpresa fue mayúscula. Rastreeé en las guías de teléfono todos los nombres que aparecían en la «Información Especial». Incluso tuve suerte, y di con algunas personas directamente relacionadas con el caso; con unas conseguí entrevistarme y con otras no. Todas me suplicaron que por nada del mundo apareciese su nombre otra

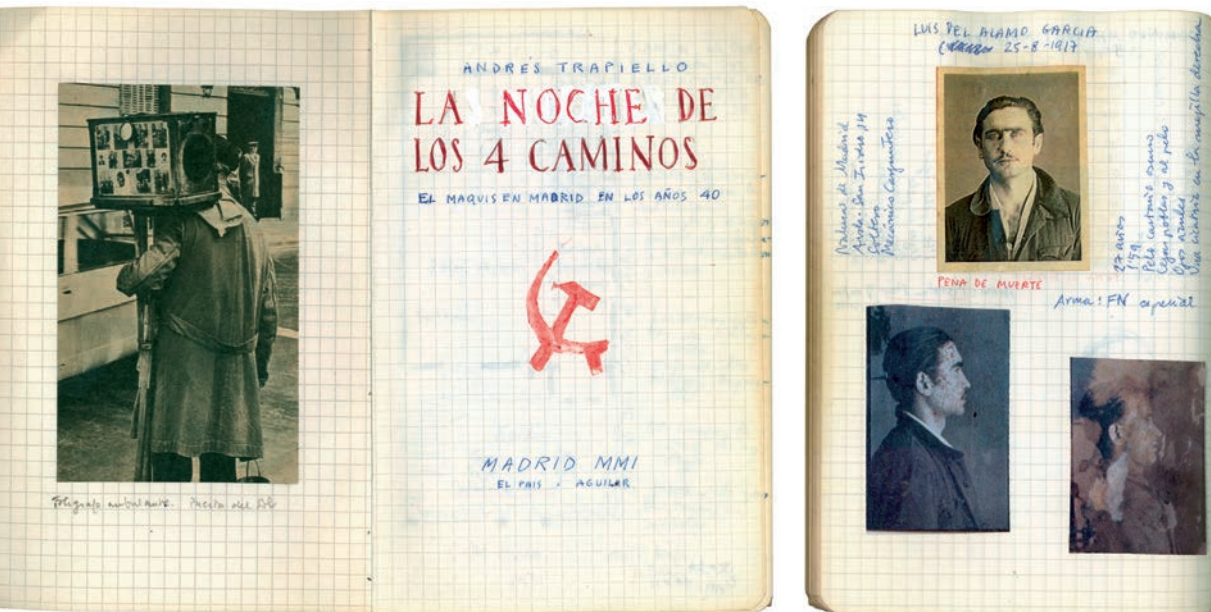
vez envuelto en tales hechos, sin acabar de creerse que al cabo de tantos años las cosas pudieran salir de nuevo a la luz.

Empecé al mismo tiempo una peregrinación por los archivos históricos en pos del expediente del procedimiento sumarísimo que había juzgado a aquellos diez hombres y a la mujer de uno de ellos, pero los fondos históricos del Estado estaban en aquel momento, como la biblioteca de mi amigo el librero, en reformas y cambios de emplazamiento que hacían irrealizable cualquier pesquisa.

Cuando conseguí reunir el material disponible, redacté un pequeño reportaje para *El País Semanal* en el que se contaba la peripecia de aquellos guerrilleros, la conmoción social que supuso su asalto a la subdelegación-cuartel de Falange y la labor que desarrollaron en la clandestinidad impresora de su partido algunos pocos militantes comunistas.

Un día antes de enviarlo, cuando ya lo esperaban en el periódico, sucedió el milagro. Se produjo en forma de una llamada telefónica desde el Archivo del Tribunal Militar Territorial Primero, de la Capitanía General de la Primera Región Militar, del paseo de la Reina Cristina.

Las penosas y largas pesquisas de un año que se habían efectuado en Salamanca, Segovia y Ávila, al igual que en el Archivo Histórico Nacional de Madrid,



10-11. Primera libreta de trabajo.

tan estériles, daban su fruto, y el sumario del Consejo de Guerra seguido «contra Vitini y diez más» aparecía al fin.

EL MAR MUERTO EN LA CALLE REINA CRISTINA

Su solo aspecto impresiona, recuerda a uno de esos recién nacidos que se encuentran momificados en las necrópolis. También su parecido físico con los papiros encontrados en el mar Muerto es muy grande. El papel, en la mayor parte de las hojas, se deshace putrefacto. El agua y la humedad persistentes las han llenado de oxidaciones y manchas de orín, a cada cual más pintoresca, haciéndolas ilegibles, cuando no las han destruido por completo. Muchas ni siquiera pueden despegarse y las fotografías han perdido la emulsión de gelatina. El olor que despiden es acre y picante, como a vinagre, o peor aún, al pudridero de las bestias. El tacto del papel podrido se parece al del yeso muerto. Con dificultad y paciencia, puede leerse parte de lo que queda. En muchos pasajes al tiempo que leía el original, se destruía, como los frescos en contacto con el aire en la famosa escena de *Roma*, de Fellini. Pero no es esto lo que impresiona, sino la huella humana que hay en tales papeles. Por ejemplo, el casquillo de la bala que acabó con uno de los falangistas. El óxido ha comido el papel del sobre que la contenía. Al principio no se sospecha qué pueda ser ese objeto duro y forroñoso que está metido entre las páginas del sumario, hundiéndose en ellas; cuando lo comprendes, da uno un respingo de asco y de susto, lo mismo que ante las fotografías de los muertos tirados en el pasillo o de los orificios por donde entró esa bala. A punto de desaparecer mordidas también por el óxido o por la humedad, están las firmas de los acusados al pie de sus declaraciones arrancadas bajo tortura, aceptando la sentencia que les llevaba al paredón, cada una con su trazo agónico, los pequeños detalles de sus vidas domésticas, la noticia de su pobreza, de sus huidas, de sus peligrosas citas, de sus modestos esparcimientos...

Si la «Información Especial Nº 48» la componen treinta y tres espaciados folios y muy diferentes documentos, ahora hablamos de unos doscientos de apretada mecanografía, sin contar los informes forenses, los del maestro armero o del Registro Civil, diferentes actas de defunción, cédulas y carnés, certificados



de prisión y de redención de penas, y todo el alijo de periódicos clandestinos y propaganda.

EL ORIGEN DE TODO ESTO

El pequeño reportaje apareció al fin en *El País Semanal*, en otoño de 1999. Al librero que me había prestado la «Información Especial» creo que le disgustó.

La primera vez que me vio por Moyano, a los pocos días, se sirvió de la retranca: –O sea, que, según usted, a esos rojos había que hacerles un monumento.

En realidad estaba molesto por otro asunto.

La gente se preguntaba: ¿cómo ha podido aparecer algo tan secreto?

En la edición de 2001 yo decía que, después de la amnistía del 77 y de la aprobación en referéndum de la Constitución de 1978, había habido un acuerdo tácito entre las diferentes fuerzas políticas para destruir los archivos policiales de aquella siniestra brigada político-social, de tan amarga memoria. Sostenía también que muchos consideraron un error aquel afán de abolir el pasado, pero que pesó más el miedo de que el cambio democrático no fuese del todo definitivo, y se volviera otra vez a lo de antaño, y muchos de los archivos se destruyeron. Yo estaba equivocado, pero Óscar Alzaga ha vuelto en sus memorias a circular la especie de la destrucción. ¿Por qué? Acaba uno (5 de noviembre de 2021) de entrevistarse con el que era ministro del Interior entonces, Rodolfo Martín Villa. No recuerda nada de todo esto, pero no descarta que pudiera haber dado la «orden no cursada» de que se destruyeran algunas fichas de policías y guardias civiles incurso en procedimientos judiciales o con antecedentes penales por asuntos relacionados con el terrorismo o con la brigada político-social; de haber sido así, añadió, fue porque se temían las represalias o venganzas de los terroristas amnistiados ya en el 77 si esas fichas caían en su poder. Juan Ramón Romero, director del Archivo Histórico Nacional, me confirma que se custodian en él unas ciento cuarenta mil fichas policiales de la Dgs, la mayor parte de las que había en esa Dirección desde 1939 hasta 1977, incluidos muchos de los boletines que cursaban a las comisarías españolas; otras están en el Archivo General del Ministerio del Interior y otras en el de la Memoria de Salamanca. Si se destruyó algo, no se conoce cuánto ni se tienen pruebas de ello. Cualquier otro relato al respecto es, hoy por hoy, pura especulación.

Aun cuando 1999 no era 1978, y ya había pasado mucho tiempo y la democracia era algo que se consideraba un hecho histórico irreversible, la aparición en *El País* del dossier facilitó que algunos aventuraran conjeturas novelescas y oportunistas respecto a esos archivos policiales.

Se dijo: alguien hizo un gran negocio vendiendo tales secretos de Estado. Quienes pensaron eso no saben nada de la Cuesta de Moyano ni de libros viejos. Un gran negocio, lo que se dice un gran negocio, no se ha hecho en Moyano en todo lo que lleva de historia. Por otro lado, tampoco conocen al librero al que fueron a parar aquellos papeles. De haberlos querido vender, los habría dado por cuatro perras. A mí mismo me ha regalado otras veces otros de parecida entidad. Ese hombre, Alfonso Riudavets, tendrá sus defectos, como todo el mundo, pero entre estos no se contarán ni la codicia ni la especulación. No. La historia, como siempre, es azarosa. Aquello no provenía de ningún organismo oficial, ni de los sótanos de la desalojada Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol, sino de los herederos del comandante Bartolomé Barba, que, como su propia condición y grado militar indican, acababa de ser nombrado gobernador civil en Barcelona, como pago a sus denuedos en la rebelión de 1936 que inició la guerra.

Lo suponía uno desde el principio, estos informes especiales estaban hechos para jerarcas, ministros, gobernadores, incluido el mismo Franco, cuyas dos principales obsesiones fueron a lo largo de su vida el comunismo y la masonería. De hecho el otro ejemplar de la «Información Especial Nº 48» que se conoce se encontró en la biblioteca de Franco, y hoy está en la Fundación Franco.

Un librero madrileño compró a sus herederos la biblioteca de Barba; cuando escogió lo que le interesaba, llamó a su colega, nuestro amigo, y le vendió el resto, libros en su mayor parte. En la inercia de la venta, en esa estela imantada que todo negocio abre y deja a su paso, le entró esa morralla de papeles de tantos años, clasificados neuróticamente por meses: la vida de un burócrata o lo que de ella quedaba. Este librero, a su vez, los llevó a su almacén. Pasados unos meses, otro librero, llamémosle librero número 3, cayó por allí para una compra. Esa es la vida de los libreros de viejo, se venden entre sí, compran, combinan y complotan, arman y desarman bibliotecas; en fin, ya lo decía Baroja, lo importante es pasar el rato. Como los libreros de viejo son por naturaleza descontentadizos, el librero número 3, que se había tropezado con aquellos recortes, legajos y carpetas, le pidió a nuestro amigo que se los regalara para que el negocio le compensara más de lo que le estaba compensando. Nuestro amigo dijo: «De acuerdo, llévatelos todos, pero me dejás los del mes de abril».

En abril es cuando tiene lugar en Barcelona el Día del Libro (y el 23 de abril se conmemora el centenario de la muerte de Cervantes), y como a nuestro amigo lo único que le interesa es lo relacionado con ese asunto de la bibliomanía, bibliopatía y bibliofilia, le pidió que le reservara esos papeles, por si entre ellos encontraba algún recorte con la noticia de los días del Libro de todos esos años. Quedaron uno o dos costales, que se llevó a Moyano. Aquí, en Moyano, el nego-

cio suele hacerse por las mañanas. Las tardes son tranquilas y nuestro amigo las aprovecha para recortar y clasificar sus propios pecios, con sus consiguientes cifras y su orden. Que pega también en cartulinas y folios blancos. La rueda de la vida. Y eso explica que la «Información Especial» figurase entre tales papeles... porque se escribió el 28 de abril de 1945. Cuatro días más tarde, y jamás hubiera llegado a mezclarse uno con aquellas vidas desdichadas. Se ve que se da mucho cervantismo también en la pitagórica poesía de los números.

Pasó un tiempo y el librero 3 se olió el negocio en cuanto empezó a revolver aquellos papeles: comprendió que tenían que ver con la memoria histórica, negocio entonces en pañales pero ya al alza, y más en Cataluña, que llevaba tiempo reclamando su parte de los archivos salmantinos de la guerra civil. El precio que le puso era importante, desde luego, millón y medio de pesetas. Se publicitaban en una subasta como «importante conjunto de documentos de la Generalidad de Cataluña». Es lo que tiene este negocio, que donde uno no ve nada, otro, más avisado, avista mucho, y a veces demasiado. Pero también es verdad que la ley de oro del librero de viejo es la discreción, y más que ninguno debería saber que



12-13. *Destino*, 23 de abril de 1945, número dedicado a la Fiesta del Libro. Fue una más de las casualidades que librarón a la «Información Especial n.º 48» y la historia que esta recogía. A la dcha., Riudavets en la actualidad (foto de Javier Velasco).



la avaricia rompe el saco o costal. Lo elevado del precio, acaso desproporcionado, puso sobre aviso a funcionarios de la Generalidad, que reclamaron por vía judicial tales documentos, sin saber ni siquiera de qué trataban. Al librero número 3 se le incautaron los suyos, y una mañana se presentó la policía en la caseta de nuestro amigo, que hubo de acompañarles a su almacén, donde había guardado los que quedaban del mes de abril, después de haberlos repasado en su caseta. Eso, que la policía se tomase la molestia de buscarle en un coche, a nuestro amigo, que es tan amante del orden y de la autoridad, le gustó poco, como es natural. Se lo llevaron todo menos la «Información Especial»..., que se salvó de la requisa porque la vida es así.

Se empezó un pleito entre las autoridades catalanas y el librero número 3, pleito que acabó fallándose a favor de la parte demandante, la Generalidad, pero aún en 2019 el Senado exigía a la Generalidad la devolución del decomiso al Archivo de Salamanca, toda vez que gran parte de esos archivos de Barba procedían de incautaciones ilegales en veintitrés provincias españolas. Pasados aquellos temporales judiciales, el cartapacio siguió en manos de Riudavets hasta hace dos años. Ya no. Lo único cierto es que si el 23 de abril no se festejase el Día del Libro y si mi amigo no hubiera tenido su afición libresca, jamás habría llegado a mis manos esa «Información Especial». Y tampoco hubiera llegado a las tuyas tal y como te va a llegar ahora, de no haber aparecido el expediente del Consejo de Guerra que se siguió contra los encausados de la «Información Especial» en unos archivos judiciales militares en los que se estaba corrompiendo como un cuerpo vivo. Lo ha constatado uno otras veces: «Se destruye mucho, el tiempo acaba borrando huellas y vestigios, pero la gente no puede figurarse la resistencia a desaparecer que anima a los papeles, fotografías, agendas, facturas o cualquier manifestación impresa o escrita. Cuando de veras se necesitan, acaban emergiendo del centro mismo de la Tierra».

En 2001 dije que no sabía dónde se encontraba el cartapacio que un día de primavera me encontré en la Cuesta de Moyano. No podía revelarlo, pero hoy ya puedo hacerlo. En otro capítulo. Tampoco sé cuánto tiempo les queda de vida a los legajos de la causa número 129.185 vista en el Tribunal Militar de la Primera Región. El cartapacio está a buen recaudo, pero con los expedientes supongo que el tiempo no será tan clemente. En cualquier caso, nadie podrá persuadirme de que no emergieron todos ellos de su completo naufragio, como en una novela ejemplar, para que yo contara la historia de aquellos hombres que una noche de febrero se daban cita frente a unas barcas-columpio de los Cuatro Caminos, con el fin de quitar la vida a otros dos a los que jamás habían visto antes.

